

APUNTES ETNOGRÁFICOS PARA UNA COMPRESIÓN DE LAS DINÁMICAS IDENTITARIAS EN LA ISLA DE SAN ANDRÉS¹

CLAUDIA KATHERINE ORTIZ VACA*
Universidad Nacional de Colombia

*ckortizv@unal.edu.co

Artículo de reflexión. Recibido: 15 de mayo de 2018. Aprobado: 18 de abril de 2018

¹ Resultados de una investigación etnográfica titulada “Cuerpos, Identidades y Motos en San Andrés” (2016) presentada como monografía de grado para optar al título de antropóloga.

RESUMEN

En este artículo resumo el proceso de mi trabajo de grado como antropóloga, en el cual analizo la coexistencia y relación entre distintas identidades en la isla de San Andrés. Mediante una incursión etnográfica en la isla, hago una interpretación de las formas como las personas que viven en ella incorporan de distinto modo el concepto de identidad, de base ética. Propongo que en las relaciones corporales, continuas y dinámicas que se dan entre las personas y que posibilitan la vida –denominadas aquí relaciones vitales– se establecen lazos de respeto, confianza y amistad que, a su vez, permiten la coexistencia de diferentes identidades en la isla, coexistencia que igualmente puede identificarse, junto con los habitantes de la isla, como una unidad heterogénea.

Palabras clave: ética, relaciones vitales, unidad heterogénea, identidades, San Andrés Islas, Colombia.

ETHNOGRAPHIC NOTES FOR UNDERSTANDING IDENTITY DYNAMICS IN THE ISLAND OF SAN ANDRÉS, COLOMBIA

ABSTRACT

The article summarizes the research work I conducted in the island of San Andres for my undergraduate thesis in anthropology. Based on an ethnographic study carried out in San Andrés, I explore the different ways in which its residents understand the ethical concept of identity. I suggest that bonds of respect, trust, and friendship are created in what I call vital relations: constant and dynamic, physical relationships among persons that make life possible. These, in turn, make possible the coexistence of different identities on the island, thus forming a heterogeneous unity.

Keywords: ethics, vital relations, heterogeneous unity, identities, San Andrés, Islands, Colombia

NOTAS ETNOGRÁFICAS PARA A COMPREENSÃO DAS DINÂMICAS IDENTITÁRIAS NA ILHA DE SAN ANDRÉS, COLÔMBIA

RESUMO

Este artigo resume o processo do meu Trabalho de Conclusão de Curso (TCC) em antropologia, no qual analiso a coexistência e relação entre diferentes identidades na ilha de San Andrés. A partir de uma incursão etnográfica na ilha, faço uma interpretação das formas como as pessoas que vivem nela incorporam de diferentes modos o conceito de identidade, de base ética. Proponho que nas relações corporais, contínuas e dinâmicas que se dão entre as pessoas e que possibilitam a vida — denominadas aqui “relações vitais” — se estabelecem laços de respeito, confiança e amizade que, por sua vez, permitem a coexistência de diferentes identidades na ilha, coexistência que pode ser identificada, junto com os habitantes da ilha, como uma unidade heterogênea.

Palavras-chave: ética, relações vitais, unidade heterogênea, identidades, Ilha de San Andrés, Colômbia.

*El día anterior a mi partida fui a casa de la conversadora
Maggie para despedirme. Ocurrió el siguiente diálogo
entre nosotras dos:*

Maggie: ¡Ay, mami! Entonces ¿te vas?
Yo: Sí señora. Los voy a extrañar.
*Maggie: Nosotros también. Pero ahora ya nos conoces y
sabes que eres bienvenida... lo sabes ¿no?*
Yo: Sí señora. ¡Muchas gracias!
*Maggie: Bueno, pero entonces, ¿si pudiste
hacer lo que venías a hacer?*
Yo: Sí señora. Ahora debo escribir.
Maggie: Y, ¿sí te ayudaron?
Yo: Sí señora, me ayudaron mucho.
*Maggie: Claro que sí, ¿no te dije? Les caerías muy bien.
Además, tú misma pudiste ver muchas cosas, porque pasaron
muchas cosas importantes, ¿no? Como lo de La Haya.
Yo no sé de diplomacia, pero mira, yo te voy a decir a ti una
cosa: los raizales quieren ir a La Haya porque en ese tipo de
pleitos no sirven mucho las contrademandas...
Hay que mandar gente que les sepa tocar el corazón.*

Diario de campo, 28 de abril de 2016

INTRODUCCIÓN

La idea de este trabajo surgió de una serie de hechos que me llevaron a la isla de San Andrés cuando estaba más o menos a la mitad de mi carrera, en el mes de julio de 2014. En ese momento en el Archipiélago se respiraba un ambiente de nerviosa calma tras el inesperado y desfavorecedor –desde la perspectiva más nacionalista– fallo de la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Superficialmente las cosas seguían su ritmo normal, el turismo, el comercio..., pero yo percibía cierto malestar entre la gente, cierto desconcierto, cierta desazón en sus maneras que, aunadas a la normalizada inestabilidad demográfica y económica en la isla, ponían en evidencia una aún más acentuada tensión identitaria de vieja data en la misma.

En ese momento, escuché en repetidas ocasiones la palabra “identidad” en boca de distintos líderes raizales y personas del común en la isla, quienes denunciaban una serie de intromisiones, malos manejos y desconocimientos, justamente, de su identidad, por parte de los sucesivos gobiernos colombianos –proceso que en los libros de historia del Archipiélago aparece denominado como “colombianización”–. Estos hechos me cuestionaron enormemente y, a pesar de ser mi primera vez en la isla, los relatos contextualizados de la gente despertaron en mí la empatía y la afinidad. Sin embargo, la decisión de llevar a cabo un trabajo que abordara los significados y los usos del concepto de identidad en San Andrés, desde mi condición de no raizal, no sanandresana y ni siquiera residente, fue muy difícil, pues yo misma la juzgaba como atrevimiento. Recordé que la antropología en sus comienzos sirvió a intereses coloniales y eso me espantó.

Emprendí el trabajo con temor, y solo a partir de la incorporación en mi cuerpo de la idea de antropóloga e investigadora. Posteriormente, la manera en que se dio mi relación con las personas en la isla, principalmente –aunque no únicamente– en el sector de San Luis, me llevó a convertirme también, casi inconscientemente, en amiga. Así, logré validar, ante mí misma, mi interés genuino por comprender un poco más el ser del otro, es decir, de la isla en su conjunto. Ella –la isla– me devolvió las preguntas y me cuestionó a mí sobre mi propia identidad.

¿IDENTIDAD? ¿IDENTIDADES? ¿GENTE? ¿ANTROPÓLOGA? ¿ISLA?

Retomo el concepto de identidad y le doy valor e importancia a la hora de comprender su papel en grupos y situaciones particulares, a pesar de las críticas, a veces mortíferas, que se han hecho del mismo. Por ejemplo, Stuart Hall (1995) lo denomina esencialista, pero, sin embargo, concluye que

... el enfoque deconstructivo somete a “borradura” los conceptos clave. Esto indica que ya no son útiles –“buenos para ayudarnos a pensar”– en su forma originaria y no reconstruida. Pero como no fueron superados dialécticamente y no hay otros conceptos enteramente diferentes que puedan reemplazarlos, no hay más remedio que seguir pensando con ellos, aunque ahora sus formas se encuentren destotalizadas o deconstruidas y no funcionen ya dentro del paradigma en que se generaron en un principio.

La línea que los tacha permite, paradójicamente, que se los siga leyendo. Derrida describió este enfoque como pensar en el límite, pensar en el intervalo, una especie de doble escritura. “Por medio de esta doble escritura desalojada y desalojadora y detalladamente estratificada, debemos señalar también el intervalo entre la inversión, que pone abajo lo que estaba arriba, y el surgimiento invasor de un nuevo ‘concepto’, un concepto que ya no puede y nunca podría ser incluido en el régimen previo” (1981). La identidad es un concepto de este tipo, que funciona “bajo borradura” en el intervalo entre inversión y surgimiento; una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto. (Hall y Du Gay 1996, 14)

Entonces, podría suponerse que el problema no radica precisamente en el concepto, sino en los significados que se le atribuyen, que pueden ser tan amplios o tan obtusos como pueda pensarse. Así, la solución al problema planteado podría no hallarse en el abandono de los conceptos, sino, tal vez, en su resignificación. Aquí exploro el sentido de la palabra identidad para la gente que habita San Andrés. Observo con especial atención la carga simbólica que esta palabra tiene para los raizales; sin embargo, trato de no perder de vista el carácter que tiene aplicada a actores *otros* que no se identifican como tales –“pañás” (costeños), turcos, turistas, yo misma–. Así, este no es un trabajo sobre la “identidad” sanandresana, es decir, no pretende descubrirla, definirla, caracterizarla ni establecerla. Este trabajo se fija en las identidades sociales que comparten las personas que viven en la isla de San Andrés, sus intercambios y relaciones. Tampoco es un trabajo sobre las “identidades”, sino sobre el modo en el cual las personas, partiendo de habitus coexistentes –formas de relacionarse–, las constituyen y se reconocen unas a otras –yo incluida–, con el objetivo de prolongar sus vidas en la isla. En otras palabras, es un trabajo sobre la eficacia de su identidad.

El concepto “identidad” lo abstraigo de su significado etimológico más próximo: “lo mismo”, y lo conecto con una de las instancias analíticas tal vez más irreductibles: el concepto “ser”. Así las cosas, en este trabajo la identidad es acción, una manera de actuar, una manera de ser. Con ello doy entrada a interpretaciones múltiples: el ser de la gente, el ser de la isla y el ser de la gente con la isla. De aquí que, para mí,

en este trabajo la identidad en San Andrés está íntimamente ligada a la isla misma, es decir, parte de que la relación gente-isla es fundamental, sin discriminar esa relación por el “tipo de gente” (digamos raizal o no raizal) o su idea de isla. Por supuesto, como puede haber distintos tipos de relación con la isla, para estudiarla yo escojo el factor cercanía o proximidad, eminentemente física, con ella, para entender asimismo la identidad que lleva ligado el ser en y con ella.

Es así que lo material y lo corpóreo se convierten en una idea central. La identidad de la que hablo parte fundamentalmente de un contacto y un afecto con y hacia la isla. Me refiero entonces, en términos de Bourdieu (1991), a una “estructura estructurante”, pues la identidad simbólica, que puede ser una cosa distinta para distintos grupos o “configuraciones culturales” –en palabras de Grimson (2011)–, se incorpora y se traduce en una manera de actuar, de relacionarse en la isla y con la isla.

¿Cómo entender entonces que desde una ciudad holandesa –La Haya– se recorten y establezcan límites a esa identidad? ¿Cómo entender que exactamente lo mismo ha pasado durante décadas desde ciudades colombianas como Bogotá y Cartagena? Encuentro por tanto otro tipo de relación, diferente al que concentra mi análisis (relación gente-isla), que es de un tipo mucho más institucional, mucho más lejano, mucho menos físico, del cual no percibo identidad en el sentido descrito.

Hice una etnografía, es decir, mediante mi participación práctica en la vida de la isla, hice una abstracción e interpretación de su realidad histórica. En este trabajo no hay un acápite llamado “Antecedentes históricos”, puesto que aquí la historia también se incorpora y aparece como constituyente del momento actual y del futuro.

Ahora, como bien lo decía el profesor Roberto Pineda en sus clases, en la etnografía es el investigador mismo su principal herramienta de investigación, lo cual conduce a la valoración del conocimiento subjetivo. Como lo mencioné antes, en el proceso de producción y recolección de los datos (observación participante, entrevistas semiestructuradas, escritura habitual de un diario de campo), más que mi ser de investigadora y más que mi ser de antropóloga, fue la incorporación de esa idea la que, también a mí, me dotó de cierta identidad y me permitió introducirme de un modo particular en la realidad, poniéndome en relación con otras identidades; fue a través de mi cuerpo como me relacioné con los demás, y fue mi cuerpo el que hizo y captó el sentir de las personas que viven

en San Andrés. En ese relacionarse, en ese ser con ellas y entre ellas, de alguna forma, nos transformamos.

Gracias al recuerdo de aquellas sensaciones corporales es como luego pude pensar, interpretar y abstraer esa realidad y modelar esa identidad. ¿Cómo podría comunicar esas abstracciones a las que solo pude llegar a través de mi experiencia corporal, de mi identidad incorporada? Si soy coherente con mis palabras, entonces también solo a través de la experiencia corporal podría llegar a transmitir las. ¡Qué embrollo! Lo más cerca que puedo estar de eso es contar, describir en detalle, narrar historias. Es así que el trabajo se compone, en su mayoría, de distintos relatos no lineales, conectados unos con otros, que cuentan principalmente mi experiencia de vida en San Andrés y, mediante ella, la experiencia de vida en la isla. La narración de los hechos es mi mejor argumento.

UNA ESCENA EN MI DIARIO DE CAMPO

En concordancia con lo anterior, el siguiente relato, que se encuentra consignado en el manuscrito de mi monografía de grado, con algunas ligeras modificaciones de forma, da cuenta de mi experiencia en la isla:

Sigo caminado por esas calles y oigo música a todo volumen en un equipo de sonido. Creo que el ritmo es *dance hall*. Luego vuelvo a encontrar la calle principal. Justo en la esquina hay un grupo de muchachos entre los 20 y los 25 años sentados junto a unas motos, bajo la sombra de un árbol y hablando en *creole*. Uno de ellos, de tez clara y rastas en el pelo, me saluda en español [me pregunto cómo escoge el idioma en el cual debe hablarme], pero con marcado acento inglés:

Hombre: Hola ¿qué haces por aquí a pleno sol?

Yo: [Me alejo un poco] Voy para las canchas de *softball*.

Hombre: ¿Eres estudiante?

Yo: Sí.

Hombre: Vamos, yo voy por ahí, te llevo, que está calentando.

Yo: No gracias, voy caminando.

Hombre: Ah, vas caminando. Bueno. ¿Dónde te quedas?

Yo: En Little Hill.

Hombre: ¿Vienes caminando desde allá?

Yo: Sí.

Hombre: Bueno, si se te ofrece yo también tengo unas posadas, por aquí cerca. Justo ahora se están quedando unas canadienses allá.

Yo: Vale. Muchas gracias.

Hombre: Bueno. [Me da la mano] Las canchas quedan por la parte izquierda de la calle.

Yo: Vale, hasta pronto.

Me siento un poco desconcertada por el ofrecimiento del hombre. ¿Quién se subiría a la moto de un extraño así nada más? Más adelante, en el lado opuesto de la calle, otro grupo de hombres jóvenes, sentados también bajo la sombra de un árbol, hablan. Uno de ellos me ve y me grita “¡Ey, amiga!”. Es común ser llamado amigo o amiga cuando uno es un desconocido, es algo así como un voto de confianza previo, que busca abrir la puerta a una interacción positiva; pero yo no contesto nada, y sigo caminando. “¡Ey, amiga... amigaaa!”. En muchas otras ocasiones, cuando alguien buscaba referirse a mí, me llamó de esta forma, hombres, mujeres, niños y niñas. “La amiga viene de Bogotá”, decían. Continúa llamándome, pero yo acelero el paso, sin mirar atrás, hasta que dejo de oír su voz. “¡Qué calor hace!”, pienso. Me detengo y comienzo a considerar la posibilidad de tomar un bus y regresarme a Little Hill, pero recuerdo de inmediato que se demoran mucho en pasar, así que tendré que esperar bajo el sol por un tiempo largo. De pronto, aparece el primer hombre que me habló en la calle, viene en su moto y se detiene frente a mí:

Hombre: Vamos, te llevo.

Yo: Gracias [avergonzada, me subo]. ¿Me puedo agarrar de usted?

Hombre: Claro, agárrate. Pon este pie acá y el otro acá.

En menos de un minuto llegamos a las canchas. Aun andando me pregunta qué voy a hacer allí. Yo le contesto que voy para la iglesia bautista de Sound Bay. Me dice que esa queda más adelante, así que pasamos las canchas y se detiene justo en frente, bajo un árbol.

Hombre: Y ¿qué vas a hacer aquí?

Yo: Vengo a ver a un amigo que vive por aquí cerca [miento].

Hombre: ¿Vive por aquí? ¿Cómo se llama?

Yo: Emilio.

Hombre: ¿Emilio? No lo conozco. Bueno, yo soy Mauricio. ¿Quién eres tú?

Yo: Yo soy Claudia.

Mauricio: Yo también vengo de estudiar, porque una gente de un programa agropecuario nos está pagando por estudiar. Tú deberías meterte a eso, porque tú eres estudiante.

Yo: Jajá. No creo que me dejen, porque yo no voy a estar aquí mucho tiempo.

Mauricio: ¿Hasta cuándo?

Yo: Finales de abril.

Mauricio: Pero es bastante. Alcanzas a hacer muchas cosas.

Yo: Sí, un poco. Bueno, muchas gracias por traerme, Mauricio.

Mauricio: Bueno, nos estamos viendo, yo siempre estoy por aquí.

Yo: Vale, hasta pronto.

Me doy la vuelta y veo la iglesia; Mauricio arranca y sigue hacia el sur. Una vez allí, yo no sé qué hacer. Aprovecho para tomar una foto de la iglesia y luego pienso: “Ahora tengo que devolverme, ¡y este calor!, ¡y el bus que se demora tanto!”. Comienzo a caminar hacia el norte. Siento el sudor escurriendo gota a gota por mi frente y la ropa pegajosa. Camino y camino, pero es como si no avanzara nada. De pronto veo tres personas –a quienes imagino isleñas, porque hablan creole– venir caminando. Dos hombres y una mujer que cargan unos baldes y unos cuchillos. Hacia mí viene un carrito de golf con tres personas dentro, también dos hombres y una mujer. Ellos les preguntan dónde están a los que vienen a pie. Uno de los hombres, vestido con una camiseta roja y una pantaloneta azul, muy alto y muy delgado, entre unos 30 y 35 años, le devuelve la pregunta en un perfecto español: “¿Para dónde va?”. “Para Rocky Cay”, le contesta el otro. El hombre se acerca al carrito y le dice: “Uuuu, ya se pasaron. Tiene que darse la vuelta y seguir hacia el norte. Tiene que ir pendiente, hay un aviso que dice Rocky Cay, pero es bien allá”. Mientras tanto, yo sigo avanzando a un lado del carrito. De pronto, el hombre me dice: “¡Ey!, amiga”. Hacia el final de mi estadía, ya tenía varios amigos y amigas en San Luis, a quienes yo llamaba de la misma manera. “¡Maldición! ¿Pero qué es esto?”, pienso. Se trata del segundo hombre que me ha hablado en la calle y al que no

le he querido responder. Esta vez me detengo, pero no me volteo a verlo. Él se me acerca al tiempo que el carrito y sus tres pasajeros emprenden su regreso.

Hombre: Ey, amiga. ¿Pero por qué vas tan asustada? Yo no te voy a hacer nada. No me gusta cuando la gente se siente así asustada aquí en San Andrés, porque este es un lugar de bien. Allá atrás te saludé y no volteaste ni a verme.

Yo: Perdón, lo siento.

Hombre: Bueno, vale, pero no vayas así tan asustada. Mira, todavía estás toda prevenida conmigo. Vamos allí a la sombra [me señala un árbol y yo lo sigo].

Hombre: A ver, ¿de dónde vienes tú?

Yo: De Bogotá.

Hombre: ¡Ah! rolita. De razón estás así toda asustada, porque allá todo el mundo está asustado todo el tiempo. Yo viví allá un tiempo, en Fontibón, tú sabes. Allá la gente vive asustada, toda preocupada por todo, como que piensa que todo el mundo le va a hacer algún daño ¿no?

Yo: Sí, algo así.

Hombre: Pero no, aquí tú estás en San Andrés, y aquí no es tan así como allá. Sí pasan algunas cosas, que nos dan mala fama, pero no somos nosotros los isleños. Los pañas, los que vienen de la costa, son los que vienen a hacer aquí sus fechorías, y como son negritos, así del mismo color que nosotros, pues la gente piensa que somos nosotros los isleños. Pero no, nosotros no somos así, así que no vayas tan asustada por ahí, porque además aquí en San Andrés tú estás en San Luis que es un lugar feliz.

Yo: Jajá, vale.

Hombre: Bueno yo soy Antonio. ¿Quién eres tú? [me extiende la mano].

Yo: Yo soy Claudia [tomo su mano].

Antonio: Bueno, Claudia, déjame decirte que tienes unas cejas muy bonitas.

Yo: Jajá, gracias.

Antonio: Bueno, no sigas asustada por ahí. Ya sé que hasta ahora estás explorando, pero no hay que ir asustada. Si quieres yo te acompaño.

Yo: Jajajá, tranquilo, ahora ya voy para la casa, pero gracias igual.

Antonio: Bueno, y ¿qué vas a hacer más tarde?

Yo: No lo sé aún.

Antonio: Bueno, ¿y por qué no nos vemos? Mira, allí adelante hay una playa, la de Sound Bay. En la playa hay un bar pequeñito donde ponen reggae, ¿por qué no nos vemos ahí?

Yo: No lo sé, es que creo que voy a estar ocupada [miento].

Antonio: ¿Y eso? ¿Qué vas a hacer?

Yo: Debo ver a un muchacho [miento de nuevo].

Antonio: ¡Ah! A otro que ya se me adelantó. Vio tus ojos bonitos primero.

Yo: Jajá. En realidad, debo estar toda sudada.

Antonio: Ah, pues porque está haciendo calor, ¿te aplicaste bloqueador?

Yo: Sí, pero seguro ya se me corrió por el sudor.

Antonio: No, eso te dura, pero así vas cogiendo color.

Yo: Jajá.

Antonio: Bueno, Claudia, yo igual te espero ahí a las 3:30.

Yo: Jajá, yo no creo que pueda.

Antonio: Bueno, pero yo voy a estar ahí.

Yo: Bueno. Hasta luego.

Sigo caminando. Ya no estoy asustada. En las clases de antropología siempre hablábamos de lo complicado que a veces resulta ser recibido en algún lugar, establecer relaciones, vínculos, entrar. De lo que no hablamos nunca fue de los límites que uno mismo como antropólogo o antropóloga puede o debe poner a ese ingreso, de los miedos que uno pueda tener al comenzar a relacionarse con la gente. No se trata de que vaya a ir o no con el muchacho que acabo de conocer, algo que seguramente no haría si estuviera en Bogotá, pero sí hay un cierto miedo en mí, una cierta resistencia, y es que tal vez me asusta justamente sobrepasar la distancia que ellos me están permitiendo penetrar. De repente, nuevamente, un muchacho joven que va en moto, de unos 23 años, que tiene trenzas en la cabeza y va sin camisa, me ve caminando. “¿Para dónde va?”, me pregunta en español y con dificultad. “A Little Hill”, contesto yo. Es mi día de suerte, porque me dice que me lleva, y esta vez, a la primera, no sé si por el calor que ya me va matando o por las dos experiencias

pasadas, yo respondo que sí y me subo de inmediato. Mientras conducía me dijo que se llamaba Michael, me preguntó mi nombre y si era estudiante (al parecer aquí todos saben que comúnmente vienen estudiantes de la Universidad Nacional como pasantes y hay algo en mí que les permite asociarme, es más, identificarme como una de ellos). Yo respondí las dos preguntas, y pronto estábamos en la esquina de la “Tienda de Juan”. Ahí me bajé y le di las gracias, y Michael me dijo: “Espero poder salir un día contigo”. Nos despedimos y seguí para la casa.

[...]

Varias veces después me ofrecieron la misma ayuda, la cual acepté en algunas ocasiones y en otras no; incluso decidí hacer el experimento un par de veces de ponerme a caminar al lado de la carretera, y en todos los casos hubo alguien (siempre hombre, pues son mayormente quienes trabajan como mototaxistas) que se detuvo, me preguntó hasta dónde iba y me llevó “en chance”. [...] Es común aquí que la gente pida “chance”, es decir, que los lleven sin cobrarles. Lo extraño es que yo nunca lo hice y aun así se ofrecieron a darme un aventón; nunca me subí a un mototaxi muy tarde, porque me aconsejaron que no lo hiciera, pero de día muy pocas veces rechacé el ofrecimiento que me hicieron, porque además me sentía apenada de hacerlo, y ciertamente temerosa. ¿Tendría que devolver algo a cambio del favor? La gente se choca un poco al escuchar la palabra “no” cuando ofrecen algo, así que insisten, y si continúa la negativa más bien se ofenden y me hablan de la honorabilidad y de la amabilidad de los isleños. En ese punto, ya es imposible que yo me niegue, y más bien termino disculpándome por la falta de confianza y, por consiguiente, de respeto. Con estas acciones se crean amistades, es decir, alianzas, y la negativa no me permite ser amiga.

Otro día, mientras caminaba por la playa del centro, me senté bajo una palma a observar el mar. Un hombre caminaba entre la gente vendiendo agua de coco y promocionando sus beneficios curativos para el hígado y el riñón. Me vio sentada, y como no estaba propiamente tomando el sol como los turistas, se me acercó y me preguntó por qué estaba sola. Yo le respondí que solo estaba descansando, así que, con un español dificultoso, se presentó con el nombre de Alberto, se sentó a mi lado y me comenzó a preguntar si

venía de vacaciones, hace cuánto estaba aquí y qué estaba haciendo. Yo respondí a sus preguntas, y entonces me dijo que no me pusiera triste, pues estaba en el paraíso, y también me dijo que siempre tenía que saber que yo era la mejor y que tenía los ojos más bonitos. Acto seguido me preguntó si quería un agua de coco, yo le dije que no y su respuesta fue: “Pero ¿por qué no? Si es algo que yo te estoy ofreciendo de corazón, no te lo voy a cobrar”. Me sentí avergonzada y entonces acepté; él abrió el coco y me dijo: “Con todo respeto, quiero ser tu amigo ¿te parece?”. Yo le dije que estaba de acuerdo y entonces me dijo “ahora somos amigos” y se fue.

Me sentí muy mal. Crecí con la frase “nunca aceptes nada de un extraño”. Viene conmigo y es vital para mantenerme viva en el entorno en que crecí (la ciudad de Bogotá), el cual puede ser un tanto hostil. Aquí el entorno también es hostil, pero de diferente manera. Las características propias de cada lugar, comenzando por el tamaño y la forma de cada ciudad, me obligan a cambiar mi estrategia de vida. Para mantenerme viva aquí en San Andrés lo que necesito es hacer amigos, mientras más tenga mejor me irá. A Dony, a miss Linda, a Emilio, las personas con las que vivo y con las que más me relaciono, los conoce mucha gente y ellos conocen a mucha gente. No puede andar uno con ellos sin que por lo menos una persona, en San Luis, en el Cove, en la Loma o en el centro los salude, cuando no son cuatro o cinco. Sus lazos con las demás personas son casi familiares; de hecho, cuando uno pregunta los apellidos, el nombre del padre o de los abuelos, es probable que se encuentre alguna conexión sanguínea por medio de algún pariente lejano común. Cuando no hay esa conexión, son simplemente tíos, hermanos o hijos “filosóficos”, como me decía Mr. Fabio, padre de Dony, respecto del señor Samuel, tío de Dony.

Así conocí también a varias personas, que se hicieron mis amigas, que me saludan cuando voy por la calle: “¿Tú eres amiga de Dony?”, “¿Tú eres la nena que está con Linda?”, “Siendo así, aquí eres bienvenida”, “Entonces vamos, te llevo”, me decían. Yo logré hacer amigos con mucha facilidad, gracias a las relaciones previas que había establecido con otras personas que me llevaron a ellos; teniendo amigos, uno tiene alianzas, gente que le ayudará en el futuro. El don funciona muy bien en ese sentido,

pero su traspaso no es tú a tú, es decir, el intercambio no es entre dos actuantes, lo que yo recibo lo devuelvo, pero es probable que lo entregue a una persona distinta de la que me lo entregó a mí. Así que en Little Hill la gente me saluda, y es probable que lo hagan porque me han visto cerca de las personas de la casa. Mi relación con ellas abre las puertas a mi relación con las personas con las que ellas ya tienen vínculos establecidos, el buen trato conmigo es buen trato con ellas. No es así con los turistas que vienen, o por lo menos yo no lo he visto, y no quiero decir que con ellos no sean amables, sino que conmigo ya se estableció un lazo de amistad, en parte, por la forma distinta como yo he llegado a relacionarme. En cambio, ellos –los turistas– vienen en busca de un servicio o un producto por el cual han pagado (descanso, cuidados, atención, diversión, entretenimiento, exotismo); por tanto, el vínculo, marcado por el hecho de que deben proveerles aquel producto o servicio, no es personal, sino instrumental, mediado por el dinero, de modo que, una vez obtenido tal producto o servicio, el vínculo se rompe. No queda amistad, no queda nada.

Pasado un poco más de un mes, volví a ver a Mauricio y a Antonio en diferentes momentos, o más bien ellos me vieron pasar en mototaxi. Increíblemente, recordaban mi nombre y no dudaron en gritarlo y saludarme. Yo también respondí a ambos saludos gritando un largo “adios”, aun cuando ya los había perdido de vista por la velocidad con la que avanzaba la moto. En mi calle, mi lugar más familiar en San Andres, la calle donde viven miss Linda y su sobrino Dony, con quienes vivo estos dos meses, algunos muchachos que siempre se reúnen en una esquina para hablar y compartir unas cervezas alrededor de sus motos, comenzaron a reconocermelo pronto, y aunque no conocían mi nombre, comenzaron a llamarme “Flaca”, y luego otros vecinos también comenzaron a llamarme así. Me diferenciaron del resto, me reconocieron entre ellos, me dieron mi propio apodo; según me dijeron Emilio y Dony, aquí todo el mundo se llama por el *nickname*. No soy una turista más, soy “la Flaca” y soy amiga. Esto me permitió ser receptora de ayuda, información, favores, aguas de coco, viajes en moto, invitaciones a beber algo o a almorzar e, incluso, una vez, a ver peces con careta en Rocky Cay, servicio por el cual se cobran entre 20 y 40 mil pesos, que a mí no me cobraron.

Y, sin embargo, ser “la Flaca” y tener amigos no siempre funcionó de la misma manera. Aquella identidad y corporalidad, amistosa y abierta, cambiaba en ciertas circunstancias muy particulares, en ciertos momentos en los cuales ni aun todos mis vínculos establecidos me permitieron la participación. Y fueron precisamente aquellos momentos en que la identidad misma se ponía en juego, en clave de diferenciación necesaria. El 17 de marzo de 2016 se dio a conocer la decisión más reciente de la Corte Internacional de Justicia con sede en La Haya, sobre el pleito por el espacio marítimo que involucró a los gobiernos de Colombia y Nicaragua. Allí estuve ese día en la Primera Iglesia Bautista en donde el pastor y un grupo importante de raizales, de activa participación política, se reunían a escuchar la lectura del nuevo fallo que sería transmitida en la iglesia. Yo estoy allí en busca de una conversación con el pastor de la iglesia y no precisamente para escuchar la transmisión –que, concluida, es descrita por todos como nefasta–, pero, en vista de la agitación de la mañana, el pastor me sugiere hablar con miss Corine, a quien contacto y espero por su propia indicación.

La transmisión termina, los periodistas toman algunas declaraciones y se marchan, y miss Corine me pide que la espere un momento más. Así lo hago, sentada en una banca de la iglesia. Ella está reunida con aquellos raizales que fueron allí a escuchar la decisión de la Corte. Discuten en inglés y en un momento alguien pregunta: “*Who is the young girl?*”. Yo le voy a explicar y comienzo: “*Oh, I’m a student and I’m here because...*”, pero miss Corine me interrumpe y le aclara que yo quiero hablar con ella y que la estoy esperando. Un grupo de turistas que está visitando la iglesia entra por la puerta y es llevado por una guía a lo largo de una escalera hacia el mirador. Miss Corine detiene la discusión y les pide a tres policías que están dentro de la iglesia que se retiren. “¿Nos están vigilando?”, se preguntan las personas que están reunidas, y luego, en español, les preguntan a ellos: “¿Qué hacen aquí?”. Un hombre toma la vocería y les dice que están en una iglesia y que allí no pueden entrar con armas, y acto seguido, todo el grupo les pide que se retiren. Los policías se niegan a salir, pero tras un par de alegatos lo hacen. Vale aclarar que en la isla las fuerzas policiales están integradas por personas en su mayoría provenientes de otras zonas del país y no del Archipiélago.

Los ánimos están crispados y me piden a mí también que salga. Miss Corine me llama a un lado y me da su número para que la llame y hablemos luego. Pasó lo que tanto temí: sobrepasé el límite del acceso con mi presencia en ese momento y en ese lugar. Yo salgo inmediatamente de la iglesia; los policías no se retiraron del todo. Están sentados en frente. Paro una moto y le pido al conductor que me lleve a Little Hill. En casa le conté lo ocurrido a miss Linda, quien se rio jocosamente y me dijo: “Tal vez era una reunión demasiado raizal”. Luego, en otra ocasión también le conté esa experiencia a Mr. Fabio, quién también lo tomó en gracia y me dijo: “Bueno, al menos ya puedes contar que te echaron”.

CONCLUSIONES

Finalizado mi trabajo de campo y durante la etapa de análisis de los datos, logré idear un marco interpretativo para entender las dinámicas de identidad en San Andrés, o sea, las dinámicas de vida, por las razones que expongo brevemente a continuación: en primer lugar, planteo la coexistencia y relación entre distintas identidades en la isla de San Andrés, entendiendo el concepto de identidad como una ética (un conjunto de maneras de ser, de hacer, de relacionarse) que es incorporada de distintas formas por las personas que viven en la isla. Esta ética se observa en las relaciones corporales, continuas y dinámicas que se dan entre las personas y que posibilitan la vida –a las cuales denomino relaciones vitales–, en una isla con un sinnúmero de problemas ambientales y económicos. En el marco de estas identidades incorporadas que configuran dicha ética se establecen lazos de respeto, confianza y amistad que, a su vez, permiten la coexistencia de identidades diferentes en la isla, y la identificación de ella y los allí vivientes como una unidad heterogénea. La descripción que sigue trata de ejemplificar este último concepto (Ortiz 2016, 135-137).

Hacia el final de mi segunda estadía en la isla, Emilio me invitó a Caribbean, una “discoteca isleña”, según él. Llegamos en mototaxi. Entramos. La discoteca estaba llena, pero aún había espacio para pasar. Apenas entrar, un amigo de Emilio lo reconoce y lo saluda: “*Respect man*”; Emilio le contesta: “*Respect, respect*”. Conseguimos sentarnos al lado de “unos costeos”, a juicio de Emilio, por su

acento al hablar, y muy a pesar de que la discoteca sea “isleña”. Están bebiendo ron y, apenas nos ven sentados junto a ellos, nos ofrecen a cada uno un trago, el cual aceptamos. No pasa mucho tiempo para que la discoteca se llene. No cabe nadie más y, aun así, siguen permitiendo la entrada a más personas: la discoteca, al igual que la isla, está sobrepoblada.

Me quedo sentada en la mesa, mientras Emilio va a comprar unas cervezas. Veo a la gente bailar y me pregunto por dónde logrará pasar para conseguirlas. Para pasar hay que empujar suave, pero firmemente, a los demás, y así, a cada rato, yo soy empujada por alguien que pasa o por alguien que baila. Uno de mis compañeros de mesa se sienta a mi lado y los demás le dicen en tono de burla: “Mira, ya la asustaste”; el hombre me ve, me sonrío y me dice: “Ahora que llegue el amigo me levanto”. Pero Emilio debe estar atascado tratando de pasar en medio de la gente para traer las cervezas. Intento correrme un poco en el sofá para evitar incomodar a la pareja que baila en la orilla, pero entonces mi hombro se toca con el brazo del hombre sentado a mi lado, así que me quedo petrificada y muda en mi puesto. Por fin llega Emilio con las cervezas, el hombre a mi lado se pone en pie y ambos estrechan sus manos. Emilio se sienta y abre las latas de cerveza. De inmediato yo bebo un sorbo, porque me muero de sed.

Suena reggae. Me incorporo para bailar con Emilio y al instante vuelvo a quedar sentada porque alguien que pasa me empuja. Me enoja un poco, pero, para mi sorpresa, es una amiga de Dony, que va con él y con otra amiga. Se me olvida el empujón y le doy un abrazo a Dony, quien me presenta a sus dos acompañantes. Ellos siguen caminando mientras buscan una mesa, y yo vuelvo a incorporarme para bailar con Emilio, ahora sí. Es imposible mantener una distancia entre nuestros cuerpos; de hecho, es imposible mantener una distancia entre mi cuerpo y los cuerpos de las personas que me rodean. Bailo con Emilio, pero bailo también con alguien detrás de mí, nuestras espaldas se tocan, aunque ni siquiera podemos vernos; también, a cada lado, alguien me toca.

En este momento, somos toda una sola masa bailante al ritmo de la música, permitiendo así el paso de quienes entran y salen, y evitando que se derrame el licor de los que beben. El *disc jockey*,

llamado el “Nativo” (que a veces lleva el *pick up* al sur de la isla), pregunta por el micrófono dónde está la gente de La Loma, y se oye un alarido colectivo; luego dice: “¿Y la gente feliz de San Luis?”. Casi de manera inconsciente, yo grito, con Emilio, con Dony y con todos los que viven en el lugar feliz.

Todos estamos comunicados a través de nuestros cuerpos. He perdido el miedo al contacto y a la proximidad, bailo entre todos, bailo con todos. Mi cuerpo tiene su lugar en medio de los cuerpos de los demás, ninguno pretende quitarle su espacio, lo reconocen, ya que se comunica por medio del contacto con ellos. Ninguno lo embiste, ninguno lo ataca, ninguno lo aprisiona, simplemente le permiten ser y moverse en compañía de los demás. Respeto: percatarse de que otro, relativamente muy distinto o muy parecido a mí, existe junto a mí, y por tanto existe conmigo. Confianza: si lo reconozco, luego lo conozco, puedo llegar a predecir sus comportamientos y acompañarlos con los míos. Amistad: si hay respeto hay confianza, ya no hay miedo.

De mi lectura etnográfica concluyo que los idearios sobre la isla se han construido a partir de las relaciones, vitales o no, entre ella con un *nosotros* y un *ellos*: “en el caso del *nosotros*, se trata de una relación vital con las islas, un ser con ellas; en el caso del *ellos*, es una relación secundaria, que no compromete la vida del ellos, pero sí la del nosotros” (Ortiz 2016, 50). *Ellos*: las bandas criminales que han hecho presencia en San Andrés, los gobiernos que han impuesto políticas sin conocerla, el turista que malgasta el agua escasa... Así, en este marco de interpretación, las identidades en relación son posibles gracias a una ética que se conforma por un conjunto de acciones y relaciones vitales entre *nosotros* y la isla.

Esas relaciones vitales se refieren a una dimensión de acciones materiales de contacto: alimentación, reproducción, descanso, protección, respiración, trabajo. Lo que quiere decir que las relaciones vitales son relaciones entre cuerpos, entre los cuerpos de *nosotros* y el cuerpo de la isla [abriendo paso a una interpretación casi ecológica de la identidad en ese lugar]. Sin embargo, en tanto el objetivo de esas relaciones vitales es prolongar la vida de un nosotros (conjunto que incluye a la isla misma), se refieren entonces también a una dimensión social y afectiva. Es más, las relaciones vitales son el

punto de conexión entre ambas dimensiones (material y social), que es tanto como decir que se encuentran justo en la tan estudiada frontera entre naturaleza y cultura. (Ortiz 2016, 53-54)

Retomando lo anterior, también formulo que esta ética en la cual se relacionan distintas identidades “está fuertemente asociada a la isla [de San Andrés, ya que el trabajo de campo solo lo realicé allí] y a la existencia no solo en ella, sino con ella” (Ortiz 2016, 54). De esta manera le otorgo cierta personalidad a la isla de San Andrés, entendiéndola casi poéticamente como una *ella* que hace parte del conjunto del *nosotros*, dentro del cual se dan las relaciones vitales de contacto y afecto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourdieu, Pierre. 1991 “Estructuras, *habitus*, prácticas”. *El sentido práctico*, 91-111. Madrid: Taurus.
- Grimson, Alejandro. 2011. *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hall, Stuart y Paul Du Gay. 1996. *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu.
- Ortiz, Claudia. 2016. “Cuerpos, identidades y motos en San Andrés”. Monografía de grado, Universidad Nacional de Colombia.